

NOTES DE LECTURA

MARGARET A. BODEN,
Inteligencia artificial y hombre natural,
Madrid, Tecnos, 1984, 642 páginas.

En pocas ocasiones podemos gozar de la publicación de una obra tan completa e interesante como la presente, máxime cuando la inteligencia artificial puede parecer un campo acotado a los no especialistas. Si este libro tratara de exponer únicamente las investigaciones y resultados obtenidos en el terreno de la inteligencia artificial, probablemente nos encontraríamos frente a una obra técnica, ardua para los no especialistas en el tema e imposible de seguir para los interesados principiantes. No es sencillo entrar a fondo en los caminos de los lenguajes de programación destinados a la inteligencia artificial, ni en la construcción de programas con esos lenguajes, como tampoco lo es presentar ese trabajo de forma accesible y correcta sin caer en divulgaciones y vulgarizaciones cargadas de inexactitudes.

Es éste el primer logro de M. A. Boden, el haber conseguido presentar las investigaciones sobre inteligencia artificial hasta 1977 de forma clara, y hasta diríamos que amena. Pero tampoco es el único logro, y precisamente por ello un tema superespecializado y que puede no merecer para muchos más que «una ojeada para estar al día», se puede convertir en una gran interrogación —o un continuo de interrogaciones, psicológicas, filosóficas y sociales— sobre la inteligencia artificial. De ahí su amenidad.

Veamos el plan del libro. Desde la introducción, donde se plantea ¿qué es la inteligencia artificial? hasta la última línea, la intención de presentar la inteligencia artificial como un campo problemático aparece capítulo tras capítulo. Estudiar la inteligencia estudiando la máquina, hace tiempo que no es ninguna paradoja. Sabemos que la resolución de ciertos problemas requiere una inteligencia humana, no estrictamente mecánica. Utilizar ordenadores para resolver problemas de este tipo, es decir, cons-

truir máquinas y programas que simulen una labor pensante como la que desarrollaría el hombre, es el propósito de la inteligencia artificial.

M. A. Boden nos introduce en este tipo de inteligencia con la descripción del programa que, en 1962, R. M. Colby creó para simular un proceso neurótico. Basado en la teoría freudiana de las neurosis, el programa intentaba mostrar un discurso neurótico mediante la combinatoria de ocho mecanismos de defensa que distorsionaban las creencias y los conocimientos, interactuando con un terapeuta. Sin embargo, este programa pionero carecía de la capacidad fundamental de razonamiento. Desde entonces, los programas se han ido sucediendo y a ellos está dedicada una buena parte del libro: el «ideólogo artificial», de Abelson, para seguir patrones de respuesta; el ELIZA, de Weizenbaum, para simular una terapia no directiva; el paranoico artificial (PARRY), también de Colby; o el más completo SHRDLU, de Winograd, representando un robot, han sido los más importantes y los que más interés han despertado. Aún así, el complejo SHRDLU, siguiendo un modelo de organización heterárquico que distribuye el control del sistema de programas no jerárquicamente, con subordinación de unos pasos de programa a otros, sino de manera más igualitaria a fin de aprovechar el máximo rendimiento en su procesamiento deductivo, le proporciona un conocimiento gramatical y otro semántico, le permite hacer análisis sintácticos, «entender» lo que se le dice y «saber cómo», pero no consigue «saber de» qué está tratando.

Algo similar ocurre con el mundo visual. Podemos trabajar sobre la percepción y la representación, pero al igual que con la palabra, con la imagen nos toparemos ante un obstáculo insalvable aún: el problema del significado. La información computacional es una información sin significado, del mismo tipo que la que han utilizado los psicólogos mecanicistas, sean conductistas o fisiologistas. De este modo hemos llegado a saber si no cómo es el comportamiento del hombre, sí cómo no es: una máquina de responder. Los intentos reduccionistas, con su fracaso, han aportado un dato importante.

Sin embargo, este dato no es utilizado por la autora en todo el apartado dedicado al aprendizaje, la creatividad y la resolución de problemas. Producir pensamientos nuevos a partir de antiguos implica que esa novedad no esté contenida en el aparato productor, y para ello necesitamos incluir el significado y el sentido de la información como una categoría operacional, y no como un mero postulado filosófico. Quizás por este mismo motivo la autora confunde intencionalmente mentalismo con humanismo. Su defendida perspectiva humanista del estudio del hombre frente a posturas reduccionistas es en realidad un mentalismo, defendible quizás, pero camuflado en aras de un hombre más humano.

Junto al problema del significado Boden presenta otra cuestión, no de menor importancia, como es la intencionalidad. Que la inteligencia tenga un componente intencional no deja de ser una afirmación epistemológica fuerte, aunque sus implicaciones para la inteligencia artificial sean esenciales: ¿cómo pueden asentarse sobre una base fisiológica mecánica los fenómenos mentales cargados de significación e intención? Éste es el postulado teórico defendido por la autora que aún queda por resolver y no de manera teórica, sino de forma práctica. Evidentemente su impacto social será tan fuerte como costoso puede ser el abordarlo desde la inteligencia artificial.

En resumen, esta obra no sólo aborda la inteligencia artificial de forma descriptiva, constituye todo un análisis de la representación del modelo de hombre que nos presenta esa inteligencia y, cosa extraña y de agradecer, aborda las implicaciones psicológicas, filosóficas y sociales del fenómeno.

F. ELEJABARRIETA